

sonrisa, una gorra de tela y unos ojos cautelosos. Franco, anónimo durante la mayor parte de su vida, Maddrell nunca había esperado hacerse famoso, y mucho menos debido a la lengua que hablaba de niño y recordaba, más o menos, en su vejez. Apenas le faltaban tres años para cumplir un siglo cuando entró en los manuales.

«El manx comenzó su declive en el siglo XVIII —escribe R. L. Thomson en *Language in the British Isles* [La lengua en las islas Británicas]— y se extinguió formalmente el 27 de diciembre de 1974, con la muerte del último hablante nativo.» Daniel Nettle y Suzanne Romaine, en *Vanishing Voices: The Extinction of the World's Languages* [Voces que se desvanecen: La extinción de las lenguas del mundo], dicen que «con la muerte [de Ned Maddrell], la antigua lengua de Man abandonó la comunidad de las lenguas vivas del mundo». A veces se ha adelantado la fecha de extinción: la primera edición de la *Cambridge Encyclopedia of Language*, por ejemplo, afirmaba que «los últimos hablantes murieron a finales de los años cuarenta del siglo XX». Pero aún podemos oír hablar a Ned Maddrell.

Si se va, como yo hice una tarde de otoño, al Museo de Man, en Douglas, la capital de la isla, se podrá encontrar una pequeña exposición dedicada a la lengua manx y a sus últimos hablantes nativos. Al descolgar un anticuado teléfono negro, pueden oírse sus viejas voces: John Kneen y Harry Boyle charlando acerca del trabajo en la granja; John Tom Keighen lamentándose de los bajos salarios percibidos por los trabajadores del campo; Eleanor Karren y Ned Maddrell discutiendo el cuidado de una vaca... La voz de Maddrell es firme y resaca, aunque incluso en una breve conversación lucha por encontrar una o dos palabras. A una edad avanzadísima, recordaba muchos refranes de su juventud. *T'eh cabbyl mie ta breimeragh tra t'eh jannoo yn ushtey* (Buen caballo es el que ventosea cuando mea), dijo un día.

Su mujer no hablaba manx, un hecho que Maddrell aprovechaba a veces cuando tenía una grabadora a mano. Estaba recordando los puertos de Irlanda cuando le vino a la cabeza lo siguiente..., en manx, por supuesto: «Había estado pescando mucho tiempo lejos de Crookhaven, conocí a una chica y estuve cortejándola casi tres años, dos años, y tengo en casa su fotografía. ¿A que está bien que mi mujer no entienda? No voy a decir su nombre aquí. Era una buena chica». Hay una transcripción y traducción de esto en el tercer volumen del *Handbook of Late Spoken Manx* [Manual de manx tardío], editado por el

profesor George Broderick. Si miramos con más atención las palabras empleadas por Maddrell, comprueba que su manx estaba salpicado de expresiones inglesas: *priest*, *one day*, *fond*, *bloody liar*... Es típico de los últimos hablantes de cualquier lengua: cuando no tienen a nadie que pueda responderles, su vocabulario se desmorona.

Maddrell era consciente de sus fallos lingüísticos: «Me acuerdo de cuando sabía hablar manx igual de bien que inglés, incluso mejor que inglés, pero..., cuando dejé Cregneash y me eché al mundo, dejé de oír manx y casi lo perdí». En una historia que contaba de su primo, patrón de un pesquero de Man que navegaba hacia el puerto de Sutherland, en el extremo norte de Escocia, el primo de Maddrell se acercó a dos mujeres que vendían huevos. «¿Cuánto piden por ellos?», preguntó en inglés. La más joven se volvió a su madre y dijo, en la variante escocesa del gaélico: «¿Cuánto les pedimos?». «No son más que ingleses —respondió la mayor, también en gaélico—. ¡Pídeles mucho, pídeles todo lo que puedas!» «¡No somos ingleses! —dijo el patrón—. Lo entendemos todo.» Las mujeres se quedaron perplejas, y los huevos salieron baratos.

Cerca del teléfono que reproduce las voces de Maddrell y los otros hablantes muertos, el Museo de Man tiene un expositor titulado «Razones para no hablar». Conté seis..., un destilado de observaciones hechas por isleños muertos que hace ya mucho habían abandonado su lengua. El manx no se habla en el colegio, decían. Cuesta demasiado trabajo aprenderlo. Es inútil fuera de la isla. Incluso en la isla, es más útil el inglés. El inglés tiene estatus y prestigio. Y, por último, el manx puede ser un código secreto, un arma para excluir a otras personas. Un vecino de la localidad norteña de Sulby hablaba con elocuencia de esto: «La lengua manx está muerta y tenía que morir, porque el último uso que se le dio en nuestra casa fue permitir a nuestros padres y abuelos mantener una conversación entre ellos que mi hermana y yo no entendíamos». Después de muchas décadas, la irritación del hombre sigue siendo palpable. Su agravio sobrevivió a la lengua..., pensaba él.

Los académicos pasaron décadas esperando que el manx muriera. Nada menos que en 1909, los lingüistas que visitaban la zona empezaron a grabar a sus hablantes más ancianos en fonógrafos y magnetófonos portátiles. Muchos de sus resultados se pueden encontrar en el manual bilingüe de Broderick. A menudo la conversación tiene un tono elegíaco: «Antes había cuatro telares en Cregneash». «En aquellos días no existía el cine», «Enciende la vela, está anocheciendo»... Un ha-